

INFAME OFICIO

VÍCTOR MEZA

En la edición de diario El Heraldillo correspondiente al día 22 de junio recién pasado, aparece publicada una nota periodística que, amparada en citas parciales y maliciosamente articuladas de un cable diplomático enviado por el embajador de Estados Unidos en el año 2003, me presenta como si yo fuera un informante y confidente de la embajada de Estados Unidos en Tegucigalpa. La manipulación calculada de los párrafos, el uso de citas cuidadosamente amañadas y la evidente parcialidad política de quienes redactaron la nota, son suficientes razones para concluir que la intención del periódico no es otra que la de calumniar y causar daño a alguien que, por razones obvias, no goza de sus simpatías.

Al leer el texto completo del cable mencionado, las conclusiones que del mismo se derivan son otras, muy distintas a las que “interpreta” y manipula el periódico ya mencionado. Su versión de los hechos no coincide en nada con el contenido del despacho diplomático enviado por el entonces embajador Larry Palmer, a quien, dicho sea de paso, ni siquiera conocí.

Por razones de mi trabajo, con frecuencia me reúno con diplomáticos extranjeros de las más diversas embajadas, con funcionarios de organismos internacionales, representantes de Fundaciones y organizaciones no gubernamentales de todo el mundo, periodistas nacionales y extranjeros, enviados especiales del exterior, consultores profesionales y misiones de exploración que llegan a Honduras. Su interés, como es de suponer, gira en torno a la situación del país, sus problemas, posibles soluciones y perspectivas a mediano y largo plazo. Por las oficinas del Centro de Documentación, una institución que ha cumplido ya treinta años de vida útil y provechosa para Honduras, desfilan toda clase de personas, nacionales y extranjeras, que buscan información y documentos de análisis sobre Honduras. Ahí los encuentran. Ahí también se encuentran conmigo, hablamos, intercambiamos opiniones y, por lo general, compartimos ideas y propuestas concernientes al futuro de Honduras. Estos hechos no me convierten ni por asomo en un “informante” al servicio de tal o cual embajada. Si así fuera, seguramente la mayor parte de la clase política local caería fulminada bajo epíteto tan atrevido como irresponsable.

Los diplomáticos extranjeros, con justa razón y legítimo empeño, se afanan por buscar fuentes de información entre todas las personas que, a su juicio, pueden tener datos y conocimientos precisos sobre la realidad del país en que representan a sus naciones. Eso es absolutamente normal y no debe escandalizar a nadie. Están haciendo su trabajo; no hay nada de clandestino o prohibido en ello. Cuando se habla con ellos, de alguna manera se produce una corriente doble de información y opiniones, un saludable intercambio de ideas y puntos de vista que alimentan y enriquecen el conocimiento de ambas partes.

Por el Centro de Documentación han pasado ministros, cancilleres, presidentes y toda clase de dirigentes políticos y sociales de nuestro país. ¿Les convierte eso en informantes al servicio de esta institución? Por supuesto que no. De igual manera, qué se puede decir de la larga fila de políticos, empresarios, más de algún periodista y uno que otro “forjador de opinión”, que desfilan a diario por las oficinas de la embajada estadounidense, muchos de ellos para implorar, entre llorosos y lambiscones, la devolución de las ansiadas visas suspendidas. ¿Serán acaso informantes al servicio del impero o se trata sólo de personajes locales que consideran la visa como algo más importante que su propia tarjeta de identidad?

Al leer el cable diplomático divulgado por la red de wikileaks y maliciosamente manipulado por los redactores del diario, queda claro que la intención no es informar ni sacar a luz las interioridades de la diplomacia

norteamericana, sino la de hacer daño y perjudicar a una persona que, con razón o sin ella, consideran digna de semejante honor. Hablar con un diplomático norteamericano para ponerlo al tanto de la grave situación en que se encontraban (y todavía se encuentran) los derechos humanos en la época terrible de la Doctrina de la Seguridad Nacional, no es algo que deba provocarnos pena o remordimiento. Al contrario, es algo que debíamos hacer y que hicimos con plena conciencia de la responsabilidad asumida. Era necesario que los países aliados de Honduras conocieran opiniones diferentes, escucharan voces críticas e independientes, libres y fuera del ámbito de los círculos oficiales. Lo hicimos ayer y lo haríamos hoy, con la misma conciencia limpia e igual sentido del deber.

Pero bien, ya que de publicar cables y revelar interioridades diplomáticas se trata, ojalá que el diario mencionado se atreva también a divulgar aquellos despachos en los que, casi seguro, se ha de hacer abundante referencia a su propietario, un hombre que destacó perversamente como promotor y entusiasta patrocinador del golpe de Estado del 28 de junio del 2009. Al revelar el contenido todavía oculto de esos nuevos cables, que a lo mejor están ahí, revueltos en el laberinto de datos e informaciones proporcionados por don Julian Assange, el público lector podrá solazarse y disfrutar con curiosas revelaciones que hacen alusión a posturas políticas revestidas de candente hipocresía, pero que también podrían revelar las extrañas manías personales que con tanto esmero muchos personajes se afanan por ocultar. Oficio infame ese de hurgar en la vida de los demás, valiéndose para ello de la manipulación, el montaje informativo y el descarado manoseo de datos parciales e inconexos.

Pero la verdad, como ya se sabe, termina siempre por imponerse. La mentira tiene piernas cortas, suele decirse. Quienes me conocen y saben de mi trabajo, lo valoran en su justa dimensión. Por mi hablan los libros escritos, las investigaciones realizadas, el apoyo internacional recibido por el Centro de Documentación a lo largo de treinta años, tan escabrosos como difíciles para una institución semejante en un país como el nuestro. Hablan las invitaciones internacionales, los eventos académicos en los que he participado y sigo participando, los cargos desempeñados con responsabilidad y honestidad demostradas, el aprecio que recibo y agradezco, la amistad y el respeto de mis numerosos y valiosos amigos y colegas. Sus calumnias y denuestos, señores redactores, son una condecoración en mi pecho.

Sigan con su ingrato oficio de manipular y trastocar los hechos, para desinformar y pervertir todavía más el clima crispado y revuelto que heredamos del golpe de Estado. Su perseverancia y dedicación a las mentiras les harán dignos de un merecido sitio en la galería universal de la infamia, de la que hablaba Jorge Luis Borges.

Valle de Ángeles, junio de 2011